

machos el salir siempre con la suya. Lo mismo le avino á Gil Blas al hallarse en los dos caminos que le habia indicado la ventera. El macho erre que erre que habia de seguir por el de la derecha, y hasta que se apeó su amo no quiso ir por el de la izquierda, que era el que conducia á Astorga.

CAPÍTULO V.

Entra Gil Blas en la ciudad de Astorga.—Encuentra allí á su condiscipulo Celestino que le lleva á su casa.— Opiniones políticas de toda esta familia.—Sale Gil Blas de Astorga y emprende su ruta para Asturias por las Babias y puerto de Somiedo.

Caminó, pues, Gil Blas continuando su viaje con su mulo, el cual habiéndose entrado en un meson á las diez de la mañana del siguiente dia, no fue posible sacarle de allí hasta pasar la noche en un pesebre muy conocido de él. Esto obligó á Gil Blas á perder la jornada de aquel dia, y entonces recordó lo que le habia dicho la ventera sobre no fiarse de ninguno y menos de sí mismo hasta cumplir los veinte y cinco años.—Ya reconozco ahora la razon del trueque, decia para consigo. Al chalan que se llevó mi caballo no le acomodaba este atraso de jornadas en su tráfico. Si hasta cumplir los veinte y cinco años no me aconteciesen otros mayores males, todavía podré ver el mundo, pero ya recelo que me aguarden otros muchos, que no sé como serán aunque pase de los veinte y cinco.

Llegó por fin con su macho á la ciudad de Astorga el petardeado Gil Blas, y apenas habia atravesado la primera calle cuando notó en ella á uno que le observaba muy atento, hasta acercarse tanto que cogiendo al macho por la brida, le detiene y le dice:—Qué es esto, Gil Blas? ¿Cómo tú aquí? ¿Hacia dónde te encaminas así solo montado en este mulo? Ea, apéate, y vamos á mi casa, porque no permitiré que tengas en Astorga otro alojamiento. Era su amigo y condiscípulo Celestino, que asistia con Gil Blas á la cátedra de leyes en Salamanca. Se apeó en efecto el jinete, y abrazándose con su amigo Celestino, fueron así abrazados los dos, tirando del macho por las calles, hasta llegar á la casa del estudiante de Astorga. Era este hijo de un rico comerciante de aquella ciudad, el cual recibió á Gil Blas con la mayor urbanidad y atencion al saber que era un condiscípulo y amigo de su querido Celestino. Del mismo modo fue recibido por la madre de este y de una hermana que tenía de doce años, complaciéndose todos en ver los dos amigos que no se separaban el uno del otro.

Llegó la hora de la mesa, y para llevarla entretenida, tomó la palabra Celestino, y dijo á su condiscípulo:—Pero Gil Blas, todavía no me has enterado del objeio de tu viaje, ni menos

puedo saber si has de volver en este año á continuar tus estudios en Salamanca.—Amigo no, le contestó: mis estudios allí ya se han concluido. Otros muy diferentes voy á empezar ahora. El mundo es una cátedra universal, en la que todos somos catedráticos y discípulos los unos de los otros. Este es el estudio que me hacen emprender unos tios estrafalarios que tengo en el palacio del Pino en campo verde, muy renombrado en el corazon de Castilla la Vieja. Estos quijotes de mis tios me tuvieron por el espacio de doce años en la casa de una prima suya en Salamanca, á la cual has conocido tu allí.—Si, chico, contestó Celestino, aquella doña Casimira celibatona y beata, pero buena señora al parecer.—Pues esta buena matrona, continuó Gil Blas, me despidió para la casa de mis tios porque, á lo que yo entiendo, no le abonaron un real por los gastos que suplió por mí en los doce años que estuve en su compañía. Llegué al palacio del Pino, y al punto mis tios comenzaron á examinarme sobre mis adelantamientos en Salamanca. Yo me estendí largamente sobre todo, y no pude omitir nuestras opiniones políticas. Ya sabes tu que nosotros no admitimos los frailes ni los conventos, pero cuando les dije esto, creí que les acometia un accidente.

—Esos sus tíos, dijeron entonces los padres de Celestino, precisamente son unos grandísimos servilones, pero amigo, aquí en esta casa todos, sin faltar uno, somos muy liberales.—Pues no faltaba más, anadió Celestino. Aquí tienes á mi hermana Engracia, que antes consiente en quedarse para tía, que casarse con un servil.—Si por cierto, dijo esta, ó no me caso, ó ha de ser con un liberal y muy liberal, porque también los hay pasteleros, que dicen á todo pelo y cambian de casaca como de camisa, arrimándose al partido que mejor les cuadre.

—Esos no son liberales, dijo Gil Blas, sino canalla, gente ruin y baja, de malos procederes. La palabra *liberal* viene de la *liberalidad*, que según el diccionario de la Academia, es *una virtud moral, que consiste en distribuir generosamente los bienes sin esperar recompensa alguna*. Los que pertenecemos á ese partido no debemos tener nada nuestro: Todo debe ser de todos.—Hombre tanto como eso, no, dijo el padre de Celestino, que se llamaba don Enrique. Si lo nuestro ha de ser de todos, vendrán los serviles á sacarnos la parte que les toque. Á lo cual contestó la Engracia:—Padre, Vd. no lo ha comprendido bien. Lo nuestro ha de ser todos, quiere decir, de todos los liberales.—Eso tampoco, hija mía, dijo la madre que se llamaba

doña Alfonso, porque en ese caso ahí tienes á la Agustina que vive enfrente, y se precia de ser la más liberal de Astorga, pero ya sabemos todos que también es la mayor holgazana de la ciudad. Oh! como ella sepa que lo nuestro, no es nuestro, sino de todos, presto viene á soplarnos lo mejor de la tienda, y si no se lo damos, nos llamará servilones.

—Entonces, dijo Celestino, nos iremos nosotros á la tienda de don Genaro, que es mayor que la nuestra, y sacaremos mejor partido, porque ó somos ó no somos liberales.—Hijos míos, replicó don Enrique, en este caso estoy viendo á los serviles reirse y burlarse de nosotros, porque si lo nuestro es de todos, y cada uno de ellos guarda lo suyo, ellos serán los ricos y nosotros unos pobres.

—Estos nuestros hijos, añadió doña Alfonso, no se hacen cargo de aquel refrán que dice: Para dar y tener, gran seso es menester. Es una verdad que nosotros somos liberales, pero en Astorga los hay también que aunque pertenecen al partido liberal, no se detienen en apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Vayan Vds. á aconsejar á estos que den lo suyo, y á decirles que la liberalidad *consiste en distribuir generosamente los bienes sin esperar recompensa alguna*, como lo enseña ese señor dic-

cionario. Primero se dejan sacar un ojo de la cara.—Ya sé, madre mia, dijo Celestino por quienes lo dice Vd. Esos son aquellos regidores del ayuntamiento que nos reparten las contribuciones sin pagar ellos ninguna, y que están formando unas cuentas..... pero qué cuentas! segun se susurra por la ciudad. Ya verá Vd., madre, como á esos señores de las cuentas, vienen otros liberales á ajustarle á ellos otras cuentas, que no las han de escribir en el papel, sino en las espaldas.—No creas eso, hijo mio: ¿Cómo es posible que los liberales lleguen á cascar á los que son liberales tambien? En ese caso ya no serán amigos, sino enemigos declarados los unos de los otros, y entonces no formarán un solo partido liberal, sino que se dividirán en partidos, y si los serviles se unen entre sí y no se dividen, no será imposible que lleguen á montar encima de nosotros.

—Trabajo les ha de costar, dijo don Enrique, porque para evitarlo, ya se están tomando las medidas. En dejándolos sin mayorazgos, sin diezmos, y sin alcabalas, privilegios y demas fueros y señoríos, los verás mas blandos que una breva.—Pero marido ¿no te haces cargo de que eso los ha de irritar mucho mas, y nos harán una guerra á muerte hasta acabar, si pueden con todos nosotros? Yo no lo estrañaré, por-

que si ellos tratasen de llevarnos nuestros géneros, primero me dejo descuartizar, que consentirlo.—Y yo madre, dijo la Engracia me tiro al primer servil que entre en la tienda, le aprieto el galillo, y le arranco la lengua con mis uñas, y con uno que yo ahogaré, ya se mirarán los demas.

Estaba Santillana comparando allá para consigo las opiniones de toda esta familia con las de sus tios del palacio del Pino, y se esplicó de esta manera:—Pues señores, por resultado de esta conversacion saco yo una consecuencia nada lisonjera á la verdad. Con tal que á mis tios les lleguen á tocar en un pelo de sus mayorazgos y señoríos, tocan tambien ellos las campanas á rebato, y juntando todos sus dependientes de rentas y alcabalas, vienen sobre la ciudad de Astorga, y la sitian por hambre cuando menos. Y si en esta ciudad hay tambien algunos serviles, se juntarán con ellos abriéndoles las puertas de entrada, en cuyo caso se armará una danza, de la cual puede muy bien suceder que queden algunos sin piernas para que la puedan continuar.

—En esta calle los quisiera yo ver, dijo la Engracia, porque no dejaria en la casa banco, ni silla, ni arca, ni ladrillo, que no arrojase encima de ellos por las ventanas y balcones.

—Y yo, añadió la madre, no dejaría de acompañarte con algunos jarricos de agua hirviendo para mojarles las pulgas. A todo lo cual dijo don Enrique:—Vaya, vaya, dejaos de esas boberías porque no parece sino que ya los estais viendo por esas calles, y eso lo miro yo como imposible. Es hora ya de dejar la mesa, y que Celestino salga con su amigo para enseñarle lo principal de Astorga. En efecto se hizo así, y se dirigieron los dos condiscípulos á la catedral que era de gusto gótico. En seguida se fueron hácia el palacio de los marqueses de Astorga que tiene buena arquitectura. Pasaron despues por el frente de un convento de frailes, y otro de monjas, en los cuales estaban cantando vísperas acompañadas de órgano, visto lo cual por Gil Blas, se dejó decir á su amigo: ¿Será posible, Celestino, que estos frailes y estas monjas con sus conventos han de desaparecer de sobre la faz de la tierra como si nunca hubiesen existido? Ya conoces tu cuanto tiempo, y cuanto dinero habrá sido preciso invertir para fundar estos establecimientos.—Amigo, contestó Celestino, puedes creermé, que no será preciso otro tanto para echarlo todo á bajo: En el tiempo de estas fundaciones iba la rueda de la fortuna por allá, y ahora rueda por aquí.— ¿Y sabes tu dijo Gil Blas, por donde rodará dentro de algunos años?

—Amigo, respondió Celestino, creo que en toda la ciudad de Astorga no hay uno que pueda contestar á esa pregunta.

Pero, Gil Blas, aunque has comenzado á contarnos la historia de tu viaje, no la has concluido, y deseo saber hácia donde caminas, y por cuanto tiempo.—Mi historia está reducida á muy pocas palabras, dijo Santillana. Luego que mis tios conocieron que mis opiniones eran contrarias á las suyas, no me consintieron en su compañía y con 40 ducados y un rocinante que he cambiado por mi mulo, me echaron de casa, diséndome, que si el mundo que voy á ver, me enseña otra mejor doctrina, todavía puedo volver á verles; pero de lo contrario, no cuenté con ellos para nada. Me insinuaron también que procurase imitar á mi ascendiente Gil Blas de Santillana, cuya historia sabemos todos los estudiantes de Salamanca. Mi intención es la de seguir sus pasos, y probar la suerte como él, dando principio por la ciudad de Oviedo haciá donde me dirijo por ahora. Tu ya sabes que el estuvo aquí en Astorga preso en una cárcel por haberle visto llevar un vestido que habian robado unos ladrones á un vecino de esta ciudad, y quisiera me enseñases el sitio de su prision.

—Amigo, contestó Celestino, esa misma curiosi-

dad la he tenido yo, y preguntando á los mas ancianos de Astorga, no me pueden dar razon. Todos me dan por respuesta de que si ninguno puede saber todo lo que ha pasado en su siglo, mucho menos sabrá lo que aconteció hace mas de 200 años. Solamente recuerdan haber oido, que Gil Blas salió de la carcel inocente con una tal doña Mencía, á quien sacó de las garras de unos ladrones, que habitaban en una cueva subterránea que habia no muy lejos de esta ciudad. Pero Gil Blas, tu vas perdido y muy espuesto á trabajos y miserias por ese mundo que vas á recorrer. Con solos 40 ducados ¿qué ha de ser de tí? No tienes para cuarenta dias que son las de una cuaresma.—Otros tantos y nada mas, dijo Santillana, sacó mi ascendiente de la casa de mi tio el canonigo Gil Pérez, y llegó sin embargo á ser privado del primer ministro de España cuyo empleo le valió muchos doblones.

Aquí iban en su sesion los dos condiscípulos cuando se dejaron entrar en la casa de Celestino, y habiendo enterado éste á su padre de la historia de Gil Blas, le ofreció dinero con la mayor instancia; pero él se rehusó á aceptarlo con el mayor empeño, y no hubo forma de hacerle tomar ninguno.

Cuatro dias le detuvieron para obsequiarle con la mayor amistad en la casa de Celestino, y

habiendo pedido este á su padre una carta órden sobre el comercio de Oviedo para dar á su condiscípulo cuanto necesitase, se la metió en la cartera sin que Gil Blas lo hubiese conocido. Al quinto dia siguió Santillana su viaje para Asturias, y se despidió de toda aquella familia con muestras del mayor reconocimiento y gratitud.